

# Thomas Basáñez...



## El Hacedor de Historia

Carlos B. Delfante

Cada uno de los movimientos de todos los individuos se realizan por tres únicas razones: por honor, por dinero o por amor.

**Napoleón**

Por justo y reconocido  
merecimiento, esta obra  
es dedicada a la memoria  
a mi padre y mi abuelo.

Tan tranquilas son las personas  
honradas y tan activas las pícaras, que  
a menudo es necesario servirse de las  
segundas.

**Napoleón**

# I

De inicio y para que en absoluto esto quede como flotando en agua de borrajas, creo que primero hay que ubicarse en tiempo y espacio donde toda esta historia ha comenzado.

Como consecuencia, lo inicial a subrayar sería la poca tranquilidad que reinaba en Europa durante la primera mitad del siglo XVIII. Por ejemplo, en el año 1699 iniciara la guerra entre Rusia, Suecia y Dinamarca, la que no concluyera hasta 1713. A más, por ese mismo tiempo las potencias occidentales de Inglaterra, Países Bajos, Italia, Francia y España, estaban metidas de cabeza en la célebre guerra de la Sucesión por la Corona española.

Como si esta trifulca fuese cosa de poca monta, los reveses de una pésima política expansionista y un certero camino hacia la bancarrota, llevaron a que Escocia se uniera a Inglaterra, que desde entonces pasara a llamarse *La Gran Bretaña*. Pero ni medio siglo había pasado en ese entonces cuando, casi al final del periodo, a Federico II de Prusia se le ocurriera entablar guerra desde 1741 hasta 1748 con Austria, In-

glaterra y Francia, lo que reanudara una lucha igual de sangrienta como lo habían sido todas las anteriores; contienda esta que sólo terminaría con la firma del tratado de Aquisgrán.

En paralelo y ya situándonos donde más interesa, retrocediendo hasta inicios del siglo mencionado, en la Península Ibérica, en virtud del testamento del incapaz Carlos II de España, subiera al trono del país Felipe V, quien naciera en Versalles en 1683 como segundo hijo del gran delfín Luis de Francia y de María Ana Cristina de Baviera. El caso es que siendo éste aún muy joven, fuera designado heredero de la corona española por el último rey ibérico de la dinastía de los Habsburgo, Carlos II, por lo que la coronación de Felipe de Anjou en el año 1700 supuso el advenimiento de la dinastía borbónica al trono español.

Sin embargo, al oportuno emperador de Alemania se le ocurriera reclamar sus supuestos derechos sobre esa corona, y para ello se uniera a varias naciones. Tal circunstancia originara la Guerra de Sucesión en una España que se dividiera en dos bandos, al tiempo que Portugal se unía a los enemigos de los Borbones.

Evidente que esta guerra tuvo sus alternativas. Los austríacos y sus aliados llegaron a invadir Castilla y entraron en Madrid, pero batidos después en Almansa tuvieron que retirarse. Derrotados al fin en Villaviciosa, la guerra llegó a su

fin con el tratado de Utrecht, donde España perdiera Gibraltar y sus posesiones de Italia y Países Bajos.

En consecuencia y por influencia monárquica, la corte española luego se afrancesó y se vio dominada por las vanidades de la princesa de los Ursinos. En efecto, y siguiendo la dirección de los vientos realistas, tampoco demoró mucho para que fuese publicada la Ley Sálica, en la que se excluía del trono a las mujeres, norma que ya regía en Francia y que iba en contra de las costumbres de Castilla.

Por ser joven y ambicioso, el soberano Felipe V prontamente se sintiera insatisfecho con sus posesiones, y en 1718 trató de recuperar los estados de Italia y hacerse dueño de Sicilia y Cerdeña. Ergo, la reacción de sus enemigos no demoró en dar la cara y pronto fue formada una Cuádruple Alianza contra España. A raíz de ello, una vez que fuera derrotada la armada española en Siracusa, el monarca ibérico se vio obligado a requerir la paz y a devolver las dos islas conquistadas en el Mediterráneo.

Luego a seguir, una vez que se retirara al hermoso palacio de *La Granja*, el mismo que él mandara construir a imitación de Versalles, decidió abdicar en favor de su hijo Luis I, quien acabó falleciendo al poco tiempo de viruela, en 1724.

Por ende, una vez que Felipe V se viera obligado a retomar el trono, aunque ahora dominado por las ideas de su mi-

nistro Johan Willem Ripperdá, un noble holandés que había llegado a Madrid en 1715 como embajador extraordinario de las Provincias Unidas, se le ocurriera intervenir en la guerra por la sucesión del trono de Polonia, y con ello reconquistar los reinos de Nápoles y Sicilia.

A más, por ser un monarca de espíritu inquieto, poco más tarde se le diera por impulsar otras ideas y con ello estimular los centros de cultura. A raíz de su actitud, es obra de este soberano la fundación de la Biblioteca Nacional de Medicina y Cirugía, la Academia de la Historia de la Lengua, la Universidad de Cervera, y otras tantas obras que tenían por propósito fomentar la cultura. Por lo demás, cabe decir que el soberbio rey no dejara de mitigar los rigores del Santo Oficio, aunque ahogara los fueros de Cataluña y las Cortes.

Su sucesor, Fernando VI, acabó por asumir el trono en 1746 ya con el ánimo cansado de vivir toda su juventud entre guerra y guerra. A causa de ello lograra dar término a la guerra de Italia mediante el acuerdo alcanzado con la Paz de Aquisgrán, donde fuera reconocido el infante español Felipe como Soberano de Parma, Plasencia y Guastala, y el infante Don Carlos como rey de Nápoles.

Parece irrelevante mencionar todo esto, pero fuera del ámbito gubernativo y de las eternas pugnas de los monarcas, en cuanto las perpetuas batallas ocurrían en un lugar y otro a

la par de los inconvenientes políticos del siglo, por toda la península ibérica la vida continuaba a suceder sin que ocurri-esen mayores altibajos, y los aldeanos igual continuaban a nacer y morir tal cual ocurriera desde siempre.

Por eso que, hermanado con el inicio de éste mismo espacio de tiempo, puede afirmarse que más exactamente en la mitad de su primera década, entre los más desiguales clanes familiares seguía brotando una multitud de sucesores que día más día menos terminarían por ser colocados a servicio de su rey para no morir de hambre.

Indudable que los vecinos del pueblo de Borja, una anquilosada aldea situada en las montañas del reino de Aragón, no podían ir a contramano a los sucesos ya establecidos por Dios desde cuando fundara el mundo. O sea, ellos buscaban cumplir con fervor los hechos ecuménicos que cierta vez un sabio quiso registrar para la posteridad en las Sagradas Escrituras. Por tanto, sin necesidad de brujería alguna, el advenimiento de un nuevo cristiano también aconteció en el humilde hogar de los Viamonte cuando, a quien sus padres llamaron de José, al fin abriera los ojos en un mundo en conflicto.

Desde inicio de sus días el niño ya diera señales de ser un párvulo de espíritu comedido, irreverente y audaz, no obstante estudioso como el que más. Por lo menos así él lo demostrara cuando, pese al gran sacrificio de sus padres, fuera

aprender las primeras letras y luego las posteriores en la llamada “Colegiata de Santa María”, una vieja institución católica que estaba situada en la falda oeste del monte de la Muelta Alta, junto a las erizadas colinas de la Sierra del Moncayo.

Empero, el paso de los años vividos en medio a severas dificultades y penurias, forjara a que José se sintiera llamado por la ambición de ser un guerrero, más bien por entender desde tempranos días, que si desplegaba esa labor le sería posible abrirse paso en un mundo mejor por medio del mosque y la espada. A bien verdad, lo que él aspiraba cuando alcanzara la adolescencia he hiciera uso de la razón, era evitar a todo coste pasar hambre como los demás de su aldea. No obstante su actitud nos lleve a pensar que en ese entonces José se haya hurtado de recapacitar que mismo siendo fascinante el horizonte que uno pueda entrever para nuestro futuro, regularmente la historia real no suele ser la vida del pensamiento y sucesos terminen ocurriendo en contrario.

Puede que a lo mejor haya influenciado su mente un deseo inconsciente que naciera luego de enterarse de la historia que contaba que el día que Borja pasara a manos aragonesas hacia el año 1120, aquel fortín que existía en su la aldea conformara, junto a muchos otros castillos y torres de los alrededores, una trama militar diseñada de norte a sur especial-

mente importante, puesto que Borja estaba situada en la frontera entre tres reinos cristianos: Aragón, Castilla y Navarra. Además, porque en esos años la fortificación tenía una zona noble donde habitaba cómodamente el alcalde y su familia, conjuntamente con la existencia de albergue para tropas, cuartas, almacenes, talleres y una iglesia... Lo que, verdad sea dicha, para muchos de los vecinos aquello era un desconocido confort.

Evidente que a mediados del siglo XIV, durante el proceso de la Guerra de los dos Pedros, el castillo había sufrido importantes destrozos que requirieron urgentes reformas debido al papel protagonista de aquella plaza que, por su carácter fronterizo, tuviera en esa confrontación. De resto, a partir de dicha guerra y hasta la llegada del siglo XVI, el castillo continuó cultivando su vida militar, aunque cada vez más integrado en la vida cotidiana de la población, puesto que la comunidad judía pasara a vivir en torno de la fortificación.

Sin embargo, vale registrar que para lograr ingresar en el destacamento militar de la montaña, el joven José necesitara contar con la influencia del jefe del ayuntamiento de su pueblo, luego que su madre empeñara su palabra junto a éste. Aunque se necesite señalar también, que para infortunio del joven aspirante a guerrero, luego de su alistamiento sus tareas en dicho destacamento pasaron a ser meramente administra-

tivas, una inconformidad que lo llevara a insistir seguidamente junto el regente de la tropa, para que éste lo citase a hacer parte más efectiva de la misma.

Envuelto en esas ligerezas andaba José hasta pasados dos años desde que se uniera al destacamento, cuando un cierto día notara que el viento de la suerte mudaba de repente y la ocasión forjara a que el capitán lo llamara a un lado para participarle la gran novedad:

-Tengo notado que sois un joven con agallas y que llevas los huevos bien puestos, joven Viamonte... -le expresara el oficial junto a una morisqueta-. Como también creo estar cierto si digo que tú ya te has dado cuenta que en este pueblito de mala muerte no hay futuro para jóvenes con entusiasmo y osadía... ¿Es así?

-¡Sí, mi General! ¡Concuerdo! -respondiera prontamente José al imaginar por lo que vendría, aunque sin querer había promovido al severo Capitán a un grado superior.

-¡Joder! ¡Dejaos de bromas, hombre! -lo sermoneara el adusto jefe, fulminándolo con la mirada.

-Lo he llamado ante mí para oír vuestra opinión -comenzara a exponer el oficial, al mismo tiempo que José, con una mezcla de miedo y respeto, bajaba la mirada al piso-, ya que desde Zaragoza nos han solicitado el envío de buena gente dispuesta a reforzar el nuevo Regimiento del Rey que ha de

instalarse dentro de poco en la ciudad de Barcelona -notificara el hombre con entonación ruda.

De repente, tan pronto diera oídos a esa ocasión prometedora que entre otras cosas favorecía su partida de la villa, el semblante del joven burócrata del cuartel se transfigurara al formar una mixtura entre sorpresa y alegría.

-¿Qué opina usted? ¿Quiere hacer parte de ese grupo de infantería, o no? -insistiera el oficial con palabras secas que tiraron al muchacho de la fluctuación en que se encontraba.

-Sí, acepto... -le respondiera José antes de sentirse dominado por una vacilación repentina. Su inconsciente se ahogara en una duda, y no sabía si era el momento de preguntar. Había algo que limitaba su ambición.

-Su silencio me da a entender que está inseguro con la oportunidad -dedujera el superior alzando una ceja.

-En realidad, quería saber si mejorarán la paga... -titubeara José de semblante circunspecto-. Es que necesito ayudar a mi madre, que se ha quedado viuda -buscara explicar, manteniendo el porte firme como era de esperar.

-Pues, creo que sí, hombre... ¡Vaya pregunta la suya! -sonriera el oficial-. No obstante lo único que por ahora puedo afirmar -reconsiderara enseguida-, es que los nuevos quintos que se han de formar serán dotados con el flamante uniforme de la Casa Real, es decir, con atuendos que obedecen al nue-

vo patrón, todo azul con divisa roja, y con los botones y galones dorados...

El relato de su superior lo aturdió sin darle chance a entender cuál sería su futuro, a pesar de la detallada explicación. A José todo aquello le sonara irrelevante, mismo que el contexto de la pregunta inicial lo dejara de corazón radiante.

Con todo, como ese día la charla entre ellos quedará en esa y durante un tiempo no se volviera a hablar del tema, el silencio daría espacio a pensar que ello ocasionara una disminución en la inquietud del joven aspirante. Sin embargo no ocurriera así, ya que pasados un par de meses largos desde la propuesta, a inicios del verano de 1724 llegara a sus manos la orden de integro al nuevo Regimiento. Por ella se establecía su inmediato aparejamiento en las huestes de infantería del Soberano en tierras lejanas, dejando clara la exigencia para que partiese de inmediato a Zaragoza, donde debería unirse a los demás convocados.

-Madre, no le conté antes, porque no sabía a lo cierto si algo iría ocurrir -le enunciara José a su progenitora con una mueca tímida, cuando él llegara en casa.

-Pero como ahora ya es oficial, debo participarle que luego seré enviado a integrar la guarnición del Brazo militar encargado de defender el antiguo principado de Cataluña -le ampliara con voz firme mientras se acercaba a ella, que en

ese instante se encontraba de cuchilla en mano trozando la verdura para preparar un guiso.

Al oír tan desventuradas palabras, la mujer parara en seco el rítmico movimiento de la tajadera sobre la mesa, para en segundos exclamar con voz pesarosa:

-¡Ay! ¡Qué pésimas noticias me has traído hoy! -dejara escapar doña Josefa con la voz entrecortada por un repentino lloriqueo, al momento que buscaba tomar por instinto un deshilachado retazo de paño blanco de dentro de su manga, para con él secarse las lágrimas.

-No, no es mala -se adelantara en responder José-. ¿Sabe por qué? Porque a partir de ahora recibiré un mejor jornal, y eso permitirá que todo mes le envíe suficiente dinero para que en esta casa nunca falte nada.

La madre fuera cogida de sorpresa por la compasiva actitud de su hijo, y sólo atinara a responder: -Gracias, hijo mío -palabras que farfullara con voz embargada.

-Yo siempre he dicho a todos aquí en el pueblo, que tú eres un ángel -agregara ella, mientras calculaba sordamente la serventía que tendría esa futura y prometida ayuda anunciada por su amado hijo.

Al escucharla, José se sonrojara con sólo dar oídos a los panegíricos de Josefa, y apenas atinara a esbozar una sonrisa tímida que no logró sosegar el abatido ánimo de ella.

-Tú has de comprender, hijo amado -le recalcará ella-, que desde la repentina partida de tu padre Benito, que Dios lo tenga y lo guarde, mi tristeza pasa a tener otros motivos de agonía, pues intuyo que luego que partas no os veré más en esta vida... sinf, snif... -sollozara a cuajo partido.

-¡Que Dios te proteja! -alcanzara a murmurar entre sollozos, antes que su hijo la tomara entre sus brazos para ofrecerle algún consuelo.

-No llores, madre -le suplicara José con una voz que no le saliera tan firme como pretendía-. Al fin de cuentas no me marchó al fin del mundo -arguyera en un quitapesares mientras le acariciaba tiernamente el rostro.

-Por ahora no... -glosara Josefa entre lágrimas.

-¿Cómo, qué no, madre? Tan sólo me envían a Barcelona, donde seguramente hambre no pasará -le recalcará José con voz afable, al recordar los muchos sacrificios que ella hiciera desde la muerte de su padre para poder llenar la olla y alimentarlo a él y al resto de sus hermanos.

-Ya sé, hijo mío. He escuchado claramente lo que tú me has revelado -le confesara la sufrida madre entre gimoteos, ahora un poco más contenidos, apretándose aún más contra el pecho de José.

Éste, categórico y definido en su obsesión nada le respondería, optando por consolarla con caricias suaves mientras

suponía en silencio que esas tal vez fuesen las últimas ternuras que él le daría en vida.

-El corazón de una madre nunca se engaña, José -añadiera ella rompiendo el silencio-. Presiento que una vez que tú te marches de casa, nada te detendrá en lugar alguno, hijo mío.

-En el mundo de hoy -pronunciara a seguir-, estas guerras interminables nunca han de parar, y sabe Dios si mañana tú no tendrás que partir hacia un otro lugar de conflicto -le recitara Josefa con voz trémula, sabiendo muy bien que nada de lo que ella dijese lograría remover la intrepidez de su hijo más amado.

-¿Qué problema grave puede haber con ello, madre? Si es por el bien de nuestro Rey, pues así será -le advirtiera José, tajante, dispuesto a no perder la oportunidad de salir adelante con sus pretensiones.

El caso es que un par de días después y una vez que llegara al cuartel de Zaragoza y de unirse al resto de los jóvenes plazas que reforzarían el nuevo regimiento, por de pronto se encontrara con otros tantos que ni él, donde una gran mayoría se sentían llenos de bríos y soberbias.

En todo caso, apenas José llegara no tuvo tiempo para calentar la silla, pues tan pronto como les entregaron los flamantes uniformes y les esclarecieron cuales serían sus res-

ponsabilidades desde ese día en más, todos, más que ligeros, debieron ponerse en marcha hacia el nuevo destino.

Por aquel entonces, a fines de 1724, Barcelona ya comenzaba a dar muestra de querer recuperarse del largo retroceso económico que ocurriera tras la conquista española de 1714. Con todo, pese a lo ocurrido en esa época, la ciudad había logrado mantener intacta su característica inicial, además de estar poblada por 37.000 habitantes.

-¡Jesús!... ¡Aquella ciudad a lo lejos llega a ser mil veces más grande que mi pueblo! -alcanzara a gritar José, de ojos agrandados y una expresión de pasmo dibujada en el rostro, al dirigir la palabra hacia el nuevo compañero de armas que en ese instante se encontraba parado a su lado.

Todo el regimiento se detuviera para una pausa en la cima de un monte por el que se aproximaban al destino.

-¡Joder! ¡Que sí! -le dijera el otro, igualmente sorprendido por la impactante visión de la lejanía, al momento que lo inquiriera: -¿Dime, de dónde tú vienes? -pregunta realizada tan pronto él se repusiera del espanto.

-¿Yo? Soy borsaunense. Nací en el pueblo de Borja...

-¿Dónde Cristo queda eso? -llegara a exclamar el joven miliciano frunciendo el ceño.

-Queda cerca de Zaragoza, pero no tanto -mencionara José, corto de palabras.

-¿Es un lugar bonito?... Nunca oí hablar de él.

-No te preocupes. No perdéis nada por ello.

-¿Por qué no me cuentas algo de tu pueblo? -le sugiriera sutilmente el compañero, buscando cháchara.

-¡Olvídalo!... Aquello es un lugar de mala muerte -le comentara José dando de hombros, junto con un aspaviento que efectuara con la mano espalmada como quien pretende apartar moscas fastidiosas de su cabeza.

-¿Y cuál no lo es? -insistiera el nuevo amigo, sugestionado por el comentario desabrido.

-Pues si quieres saberlo, te diré que allí hace más de cien años que sólo se viven periodos de recesión, enfermedades y sequía -concluyera José con voz fastidiada, mientras, entretenido y encorvado, apartaba unas piedritas sueltas en la trilla usando la punta de su bota cubierta de polvo.

-¡Óigale, amigo! No puede abatirse a causa de esas vicisitudes, ya que ese es el tipo de contingencia que más hemos de encontrar hoy día en todo lugar de España.

-Puede que sí... Imagino que así sea. Por tanto no puedo discordar de tu comentario -convino José antes de realizar una mueca agria con los labios-. Si bien que, en mi región, en otros tiempos ya reinó la abundancia -agregara.

-¿No me digas?... ¿Verdad? -exclamara el otro, poniendo cara de sorpresa-. Entonces quiere decir que tú vienes de

un pueblo con historia -insinuara, mientras al momento se recogía las puntas de la casaca para sentarse sobre una piedra.

José se quedara mirándolo abstraído durante un corto instante antes de responder cualquier cosa, procediendo como si pretendiese medir primero si lo que se diría no sonaría presumido de su parte. Pero luego de dejar escapar un suspiro para aliviar el cansancio, le expresara sin mucho entusiasmo:

-Te diría que los más viejos de mi pueblo, apuntan que sus orígenes se remontan al siglo V a.C., cuando allí llegara a existir una población celtibera denominada Bursau, cuya ocupación principal era acuñar moneda. A más, recitan que en un principio ella estaba situada en los alrededores de la Cueva Esquilar, y que poco a poco se fuera expandiendo por el cercano cerro de La Corona.

-Mi amigo, creo me estás narrando cosas de mucho tiempo atrás... -le anunciara por de pronto el otro con fogosidad en el rostro.

-¿Quién puede confirmar que transcurrió así como te lo contaron? Ten en cuenta que la gente suele mudar las cosas a su conveniencia -le insinuara a seguir sin cualquier agitación en la voz.

-No sé... No sabría decírtelo -titubeara José-. Por entonces yo no había nacido -dejara escapar junto a una carcajada alegre.

-¡Por supuesto! -pactara el otro, que lo acompañara en la risotada-. Pero, ya que eso es lo que cuentas... ¿qué más ocurrió a seguir? -añadiera luego de recomponerse.

-No mucho, pero en el convento que yo estudié, leí que Tito Livio, el historiador romano, ya citaba a Bursau como una de las poblaciones celtibéricas del Valle del Ebro durante la guerra sertoriana. Y de qué Plinio el Viejo también la cita dentro de las ciudades pertenecientes al Convento Jurídico de Caesaraugusta -le declamara como si estuviese enfrentando a su maestro-. Te explico ésto, porque no sé si tú sabes que por aquellos lejanos tiempos, ese era exactamente el nombre de la ciudad romana de Zaragoza, mi amigo.

-¿Verdad? Ya vez, no lo sabía... Pero convengamos, yo no soy un hombre de luces como las que tú muestras -conviniere el amigo al fruncir el ceño y con el semblante pensativo, vaya uno a saber recordando qué.

-¿Qué importancia tiene que no lo sepas? En todo caso, ya que hablamos de mi pueblo, te diría que es habitual identificar la Bursada que menciona Ptolomeo en sus crónicas, con la actual Borja -le ilustrara José, entusiasmado-. Aunque, para los más entendidos, todo indica que él se refería a otra población que habría estado cercana a Cuenca -hiciera cuestión de esclarecerle, al momento que cogía su odre de cuero para echarse un trago a la boca.

Su compañero cortejara la disertación en completo silencio; pero tan pronto escuchara los detalles, con un gesto imprevisto arrojara su espalda hacia atrás, y luego probara enganchar con un gesto hábil los dedos gordos de sus manos dentro de los dos tirantes de cuero que le cruzaban el pecho, abriendo la boca para decir con sarcasmo:

-Entonces, por lo que tú cuentas, tus vecinos han pasado hambre con hidalguía.

José se pasmara con aquél comentario fuera de contexto, entendiendo por bien no responder, dejando que le brotara una pálida sonrisa en los labios luego de percibir que su colega no lo decía por maldad.

-¡Perdón! No te tomes a pecho mi observación... Fue tan sólo una broma -se disculpara el otro, tan pronto notara la mirada espantada de José.

-No importa ya. Confieso que me has me cogido de sorpresa -decretara José, sonriente.

-Prometo que a futuro tendré más cuidado, mi amigo.

-Mejor así -asintiera José con un movimiento de cabeza, estirando la mano para sellar el acuerdo.

-Ahora, en relación a lo que hablabas, tengo entendido que vuestra región no llegó a ser tomada por los moros. ¿O será que me equivoco? -insistiera en preguntar el joven dicharachero tan pronto hicieron las paces.

-Luego imaginé que era una guasa vuestra -acotara José, todavía contrariado, a la vez que quitaba importancia a la pregunta y lo miraba con desagrado.

-Bueno, ya te ofrecí mis disculpas, amigo -celebrara el otro joven-. No te enfades conmigo. Yo soy así, medio insolente y por veces atrevido... Mi propio padre dice que yo no tengo compostura -se apurara en aclarar, ávido por quitar mal entendidos entre ambos.

-Está bien. A veces yo también suelo ser medio impetuoso -admitiera José, al levantar sus ojos para mirar de frente el semblante de su compañero.

-Con respecto a tú pregunta -le expusiera de inmediato dando por olvidada la chacota-, te diré que tras la conquista romana en el siglo I a.C., se dio inicio a los asentamientos en las laderas del cerro del cual te hablé, en las zonas conocidas como Torre del Pedernal y La Romería; por lo que se estima que solamente a partir de la segunda mitad del siglo III, ante la inseguridad generalizada, la población volvió a La Corona y alrededores. Y no obstante no se conozca mucho sobre la época visigótica, es de imaginar, por supuesto, que la población haya permanecido en las cercanías del castillo y de la Corona.

-¡Interesante!... ¿Tú estás de seguro que los responsables por ello que no fueron los moros? -llegara a suponer el

otro, antes de tomar su bota y también echar un trago de agua en su boca ya abierta.

-¡Coño! A ciencia cierta que no -reprochara José enseguida-. Si bien, es verdad que el mayor auge de mi pueblo se produjo en el siglo VIII con la llegada de los musulimes, cuando pactaron con un conde visigodo llamado Casio que por entonces gobernaba la zona...

-Entonces -carcajeara el otro-. ¿Tengo o no razón, cuando afirmo que fueron los moros quienes nos dieron un poco de luz?

-Puede que tengas algo de razón, aunque lo único que yo sé, es que durante ese tiempo mi poblado recibió el nombre de Burya, que en árabe significa “torre” o “fortín”; y que de esas tierras surgieron los *Banu Qasi* o “Hijos de Casio”, quienes más tarde jugaron un papel decisivo en la historia musulmana de la península ibérica... Pero “hidalgos”, que yo sepa, no había ninguno.

-¡Oh, hijo de Casio! -se riera el otro con ganas-. Tal vez tú no lo sepas, pero en muchos reinos de la península, las casas más antiguas se consideraban *primus inter pares*, o el “primero entre iguales” -una expresión que subrayara con énfasis-, por lo que estos disfrutaban de ese rango no por un decreto real sino por el ejercicio sin oposición de los privilegios que la aristocracia poseía desde tiempos inmemoriales, ha-

ciendo innecesario que se establecieran las circunstancias de la concesión original.

-¿En mi pueblo?... Ja-ja-ja-ja... No me hagas reír -mofara de inmediato José, poniéndose de pie-. Son todos unos muertos de hambre.

-Eso no lo sé, pero pienso que alguno tendría que existir antes de que corrieran con los moros -corrigiera el amigo.

-Es que yo tampoco lo sé... No obstante puede que ello tenga ocurrido en el siglo XII, cuando el territorio pasó a manos del rey Pedro II luego de ser reconquistado de manera pacífica por los cristianos, y de tolerar que los musulimes permaneciesen en el pueblo y que conservaran sus propiedades, así como les autorizaron a continuar profesando su culto... A pesar de que los obligaron a residir en el extramuros -agregara con inflexión indefinida.

-Sí, vaya uno a saber qué ocurriera en ese entonces... Pero, dime, ¿que se te dio por servir al ejército? -preguntara el amigo tras batir las palmas.

-Fuera del hambre que se pasa en mi pueblo y la falta de un buen trabajo con el cual ocupar el tiempo -le comentara José con una mueca de abulia en el rostro-, me pareció oportuno aprovechar un tipo de instinto a que está arraigado en mi pueblo desde mucho tiempo, ya que en el siglo XVI nuestro castillo fue convertido en fortaleza militar frente a las inva-

siones castellanas. Mismo que durante el reinado de los Reyes Católicos se les ocurriera expulsar a los judíos, quienes en ese entonces formaban una comunidad bastante importante en Borja.

-¡Sí! Y con ellos se fue el dinero -insinuara el otro.

-Evidente, mi amigo. No se puede negar que durante esos siglos significara para la población un periodo de prosperidad. Fue una época en la que se construyó la mayor parte de los monumentos y las casas palaciegas que existen en la actualidad -explicara sin resentimiento en la voz.

-Pero, ¿sabes tú una cosa? -añadiera golpeando también las palmas-. Creo que llega de hablar solamente de mí -anunciara de pronto al levantarse de un brinco de la piedra donde estaba sentado, y comenzar a dar unas patadas al aire antes de empezar a ejercitar los músculos de brazos.

-Ahora soy yo el que quiere saber quién eres tú, y de dónde vienes -expresara adusto, intimando a su condiscípulo con el dedo en ristre.

-Pues claro que sí, mi amigo -expresara el otro sin más, a la vez que estiraba de pronto la mano hacia adelante en un gesto cordial, cuando buscara estrecharla con la de su compañero de armas.

-Yo soy Francisco. Francisco Basáñez, de Erandio.

-¿De dónde?

-De un pueblo que está ubicado en la provincia vasca de Vizcaya... -iniciara por explicar antes de ser interrumpido por un baladro que sonara lejano.

-¡Jáa! -soltara José en medio a una sonrisa franca-. Si yo hubiese apostado contigo un mísero maravedí, seguro ganaba el envite.

-¿Por qué? ¿Tanto se me nota? -fuera lo único que a Francisco se le ocurriera preguntar.

-¡Hostia! Que yo no lo digo por tu facha. Sino más bien por la manera que hablas -decretara José al advertir la mirada abismada de su compañero-. Lo que, convengamos, en resumidas cuentas significa que tú eres un vascongado -mencionara segundos después, ya que su amigo se quedara abstraído y sin decir nada.

-Sí, se supone que sí -asintiera Francisco luego de recuperarse-, ya que soy oriundo de las Provincias Vascongadas y mi pueblo está situado en medio de la provincia vasca de Vizcaya, al tiempo que Erandio se encuentra en la margen derecha de la ría de Bilbao.

-Pues, alégrate. Yo pienso que eso a ti tendría que darte bastante placer, y mucho, Francisco, pues los vascos han sido el único pueblo pre-romano de nuestra península que lograra sobrevivir intacto a la conquista romana y también a la posterior expansión de los indoeuropeos por toda Europa, unas

gentes de las que descende la mayor parte de los actuales europeos.

-¡Que no!, que a mí me da mucho orgullo ser un “euskaldúnák” -le respondiera Francisco echando pecho y resaltando con más énfasis su gentilicio, a la vez que se golpeaba a sí mismo con los nudillos de la mano.

Pero su amistosa conversación quedara en eso, ya que de pronto apareciera un oficial cabalgando al trote, gritando a gañote partido:

-¡De pie, ya!... ¡Todos a sus lugares!... ¡Anden, muévase!... ¡Partimos en dos minutos!

# II

Tiempos antes, así como ocurriera en la mayoría de los países de Europa, España también había sufrido hambruna y peste durante los siglos XIV y XV. Con todo, como todo trastorno no suele durar de por vida, para el año 1500 casi todo el Viejo Mundo estaba comenzando a levantar cabeza y salir de esos desastres vegetativos. Ergo, en la península ibérica esto permitiera que las poblaciones comenzasen a crecer, haciendo surgir un movimiento sustancial de gente que se dirigía hacia algunas ciudades de la península; gentío éste que buscaba sacar provecho propio de las nuevas oportunidades, en especial los constructores de barcos y los comerciantes determinados a servir lo mejor posible al impresionante y progresivo Imperio español que acababa de florecer.

Durante ese período, la Corona española habría de recibir un enorme influjo de oro y otras riquezas como botín desde las colonias en el Nuevo Mundo luego de éstas ser conquistadas, aunque mucho del cual el rey Carlos lo usara para llevar adelante sus guerras en Europa. Así que no resultara

hasta los años 1540, que grandes depósitos de plata fuesen descubiertos en Potosí y Guanajuato y con ello se obtuviese una estable fuente de ingresos.

Sin embargo, al estar poco interesada en hacerlo directamente, la corona española eligiera dejar el trabajo de minería a cargo de la iniciativa privada, por lo que estableciera un impuesto conocido como el “*quinto real*”, a través del cual una quinta parte del metal era recaudado por el gobierno. El Soberano tuviera bastante éxito en hacer cumplir el impuesto en la totalidad de su vasto imperio, pues bastaba con que todos los lingotes pasasen a través de la Casa de Contratación de Sevilla, bajo la dirección del Consejo de Indias. Además, el suministro de mercurio de Almadén, vital para poder extraer plata de la mena, fuera controlado por la corona y eso contribuyera al rigor de la política de impuestos española.

Si bien las conquistas iniciales en Américas alcanzaron a proporcionar marcados repuntes en importaciones de oro y plata desde las colonias, no fuera hasta los años 1550 cuando estos metales preciosos se convirtieron en una fuente habitual y vital de los ingresos de España.

Empero, a todo esto se le sumara entonces un nuevo inconveniente: la inflación, que tanto en España como en el resto de Europa fuera causada principalmente por la deuda. El rey Carlos había llevado a cabo la mayoría de sus guerras a

crédito, por lo que en 1557, un año después de que abdicara, el país se viera forzado a su primera quiebra. Con todo, es sabido que antes de los metales llegar a Sevilla, la Corona tuviera que solucionar un nuevo obstáculo: la piratería.

Para afrontar esa creciente amenaza, en 1564 los ibéricos necesitaron adoptar un sistema de escolta muy adelantado a su tiempo, estableciendo la salida de las flotas del tesoro de las Américas en abril y agosto. La política resultara eficiente y tuvo bastante éxito, ya que sólo dos de los convoyes fueron capturados; uno en 1628, que fue apresado por los holandeses, y otro en 1656, arrestado por los ingleses; pero para entonces los convoyes eran una sombra de lo que habían sido en su momento cumbre a finales del siglo anterior. No obstante tengan acontecido otros sucesos a los convoyes, incluso sin las naves ser completamente capturadas, donde igualmente estas fueron frecuentemente atacadas, lo que inevitablemente tuvo un precio a ser pago.

En verdad, eso ocurría porque no todo el comercio marítimo del disperso y vasto imperio español podía ser protegido por grandes acompañamientos, lo que consentía a los corsarios holandeses, ingleses, franceses y los demás piratas sin bandera, la oportunidad de devastar el comercio entre las costas americanas y española y asaltar asentamientos aislados. Esto se tornara particularmente salvaje a partir de los años

1650, con ambos bandos cayendo a extraordinarios niveles de barbarie, incluso para los estándares de la época. Junto a ello la corona también tuvo que enfrentarse de la piratería berberisca en el Mediterráneo y Oriente, y a la piratería holandesa en las aguas alrededor de Filipinas.

Es sabido por todos que el ojo del amo permite engordar al buey; pero al escoger actuar en contramano de ello, la expansión del Imperio español en el Nuevo Mundo fuera llevada a la distancia desde Sevilla y sin la cercana dirección de los dirigentes de Madrid. Eso ocurriera, principalmente, porque en esos tiempos Carlos I y Felipe II estuvieron ocupados especialmente con sus deberes en Europa, por lo que el control de las Américas fuera llevado de la mano por los virreyes y administradores coloniales que funcionaban con una efectiva autonomía.

A más, la base de tal actitud, más bien se debe a que los reyes Habsburgo siempre consideraron sus colonias como si éstas fuesen sociedades feudales en vez de partes integrantes de España. En verdad, esa familia había gobernado tradicionalmente sobre diversos dominios no contiguos, por lo que se viera forzada a delegar autonomía a administradores locales, una práctica que a posterior llevara a estos reyes a duplicar sus políticas feudales en España, particularmente en el País Vasco y Aragón.

A la par de estos hechos, la inflación en España como resultado de la deuda del estado y la importación de plata y oro desde el Nuevo Mundo, terminara por incitar serias privaciones a todo el campesinado. Luego, el coste medio de todos los bienes se quintuplicara en el siglo XVI a lo largo y ancho de la península, encabezado especialmente por el valor de la lana y los cereales.

Los precios en el siglo XVI habían cambiado muy poco, hasta que la economía europea fuera sacudida por la llamada revolución de los precios. En esa época, España, junto con Inglaterra, eran los únicos productores europeos de lana, e inicialmente estos se beneficiaron por el rápido crecimiento en la región. Por tanto, así como en Inglaterra, en España comenzara un movimiento de desamortización que terminaría por ahogar el crecimiento de alimentos y despoblara pueblos enteros, cuyos residentes fueron forzados a trasladarse a ciudades mayores.

Con todo y a diferencia de lo ocurrido en Inglaterra, la alta inflación, el coste de las guerras de los Habsburgo y los exagerados impuestos aduaneros que dividían el país español y restringían el comercio con América, se encargaron de ahogar el crecimiento de una industria que en esos tiempos bien podría haber proporcionado una fuente alternativa de ingresos en los pueblos.

En contramano a lo que ocurría en el resto de la península, la ganadería de ovejas fue practicada extensamente en Castilla, y creciera rápidamente con el aumento de precios de la lana que fue apoyado por el rey. En esos tiempos las ovejas merinas eran trasladadas anualmente cada invierno desde las montañas del norte hasta el más cálido sur, momento en que los rancheros ignoraban los senderos marcados por el estado, ya que estos tenían el propósito de evitar que la oveja pisoteara las tierras de labranza y destrozara las cosechas.

En consecuencia, con el pasar del tiempo gran parte del territorio de Castilla se volviera estéril y España se tornara completamente dependiente de los alimentos importados que, dado el coste del transporte y el riesgo de la piratería, pasaron a ser mucho más caros en España que en cualquier otro lugar.

Puede que me haya extendido demás hablando de estas generalidades que me apartaron de la intención inicial, pero estimo que sin estas informaciones sería difícil comprender el ímpetu de algunos clanes de aquel entonces.

En todo caso, remonta a un ciclo anterior a los hechos que Francisco Basáñez se ocupara en relatarle anteriormente a su nuevo amigo, el asentamiento de sus ancestrales en un pueblo al norte del reino de Castilla; más específicamente en el País Vasco, o Euskadi, una zona geográfica que se sitúa en el extremo nororiental de la franja cantábrica, la que por su

vez linda al norte con el Golfo de Vizcaya o mar Cantábrico, y con el sur de Francia; colindando más al sur con la región de La Rioja, al oeste con Cantabria y Burgos y al este con Navarra.

Por haber sido así, tuviera razón el joven José Viamonte cuando se le ocurriera preguntar de cuál clan descendía la familia de Francisco, tan pronto éste le mencionara que “se sentía orgulloso de ser un euskaldúnák”. En verdad, dentro de la ubicación de las tribus prerromanas realizada por Ptolomeo, Vizcaya estaba ocupada por *caristios* y *autrigones*; Álava por *autrigones* y *berones*; y Guipúzcoa por *várdulos* y *vascones*.

Es de imaginarse que Francisco no supiera a lo cierto qué responderle a José, y por eso la conversación de ellos tomara otros rumbos hasta que el oficial los interrumpiera ordenándoles que formaran filas de inmediato.

En todo caso, al revisar los viejos catálogos dejados por Estrabón, Pomponio Mela y Plinio el Viejo, es posible encontrar en sus obras que los *várdulos* eran la tribu que separaba a *vascones* de *cántabros*, aunque ellos indiquen que la filiación de los *várdulos*, *caristios* y *autrigones* es desconocida.

Los propios historiadores discuten sobre su origen cántabro, vascón, indo-europeo, celta o celtibérico, sin que existan pruebas concluyentes en favor de ninguna de estas hipó-

tesis, lo que hace parecer más plausible, según lo afirma Wenceslao Heredia, la de un origen cántabro. Más bien, puede afirmarse que independiente de cual haya sido el verdadero origen de su clan, cuando Francisco naciera en diciembre de 1705 en el núcleo fundacional del pueblo de Erandio, una aldea de marcado carácter rural que vivía de espaldas a la ría de Bilbao, ésta no pasaba de un grupo de caseríos, o *baserris*, levantados alrededor de la iglesia de *Andramari*, o Santa María.

Evidente que él sabía que su padre era oriundo de Deusto, una antigua aldea situada pocos kilómetros más al sur del mismo río; si bien haya que reconocer que en ese entonces no imaginaba que en décadas futuras su familia sería vecina de otros tantos Basáñez que pasaron a residir en las anteiglesias vizcaínas de Leioa, Alzaga, Barakaldo, así como en la misma Bilbao y en otros pueblos del norte.

Pero una vez que Francisco diera la pista al mencionar su pueblo de nacimiento, no se necesita continuar a hurgar de cuál tribu descendía su familia, ya que varios documentos apuntan que los *autrigones* ocuparon en Vizcaya las Encartaciones. Por lo menos así lo indica Estrabón cuando hace mención de ellos en su libro “*Geographika*” con el nombre de *allótrigones*, quizá adaptando el nombre a una palabra griega más familiar con la que él quiso identificar a estos extraños.

Con todo, nada está confirmado, ya que otros historiadores romanos como Pomponio Mela y Plinio el Viejo, los situaban en el interior, en la zona norte de Briviesca, Burgos; en cuanto Ptolomeo los sitúa lindando con cántabros al oeste y turmogos al sur, y con caristios y berones más hacia el este, lo que, según esta distribución, lo que restara de la tribu original se extendiera entre el río Asón y el río Nervión, el mismo regato que bañaba la costa de Erandio.

En el principio el ayuntamiento principal era Uirovesca, o Briviesca, más al sur, y otros pueblos importantes fueron Tricio, en La Rioja, y Deóbriga o Miranda de Ebro. A más, Castro Urdiales, en la costa Flaviobriga, fuera la última colonia fundada por los romanos en Hispania.

Otros asentamientos fueron Osma de Valdegovia, Poza de la Sal; y todo hace creer que en la desembocadura del río *Nerua* o Nervión existiera un puerto, ya que fueron encontradas monedas romanas en la barra de Portugalete, en Erandio y en Bilbao.

Por su vez, Floro y Orosio relatan que los *autrigones* eran frecuentemente atacados por los *cántabros*, por lo que es posible que ellos colaborasen con Augusto en las Guerras Cántabras y, como premio, obtuviesen el dominio de nuevos territorios en la cornisa cantábrica, llegando casi hasta el río Deva, al noroeste.

Apartándonos de suposiciones de cómo ocurriera el inicio del poblamiento, lo cierto es que siendo hijo de una familia de colonos y criadores de ovejas, el padre de Francisco tenía una cierta preeminencia entre los demás de su aldea y ocupaba asiento con el voto número 45 en las Juntas Generales de Guernica. Y es de pensar que una vez que se instalara en *Erandio*, mote que significa “*vega grande*”, ya que dicho alias se basa en que gran parte de la anteiglesia estaba asentada en una llanura fértil y extensa, el hombre prosperara y se destacara entre sus pares en una zona que durante siglos fue el principal núcleo de población de aquel distrito.

Empero, antes de su llegada a esas heredades, mucha agua había corrido por el río Nervión desde la caída del Imperio Romano hasta bien próximo al año 1000 d.C., mismo que existen muy pocas noticias históricas del País Vasco. Lo que induce a pensar que posiblemente los antiguos hayan sufrido las devastaciones de los hérulos, ya que el cronista Hildacio relata que 400 hérulos en siete naves atacaron la costa cántabra y de Vardulia en el año 456. Las últimas investigaciones arqueológicas parecen indicar que existiera una expansión franco-aquitana a partir del siglo VI, lo que contradice con las propuestas historiográficas que se basan en una continuidad de la cultura desde la prehistoria hasta los inicios de la Edad Media.

A posterior, ni las invasiones de los visigodos ni las de los musulmanes parecen haber llegado a Vizcaya ni a Guipúzcoa, aunque es bien factible que sus costas fuesen asoladas más de una vez por los vikingos, especulándose la posibilidad de un asentamiento vikingo en las cercanías de Mundaca, el que podría dar origen a la leyenda de Juan Zuria.

En todo caso, tras la invasión musulmana, se cree que Vizcaya y Álava quedaron bajo la órbita del reino de Asturias, con algunos enfrentamientos cuyo reflejo sería la también mítica Batalla de Padura. Por ejemplo, consta en la crónica de Alfonso III de Asturias, escrita en el siglo IX y en la cual hace mención al reinado de Alfonso I, es donde por primera vez se hiciera referencia a Álava y Vizcaya: “*Álava, Vizcaya, Alaon y Orduña siempre habían sido poseídas por sus habitantes*”, opinando el escritor que al mismo tiempo no hubiera cualquier necesidad de repoblarlas.

Como sea, tiempos después la crisis que ocurriera en el periodo bajomedieval terminara por afectar de igual forma al País Vasco, al punto de producirse allí una disminución de la producción agrícola y haciendo surgir también las hambrunas y demás etcéteras consecuentes.

A esta crisis se le sumara luego la epidemia de la peste negra de 1348, y a causa de ello muchos campesinos acabaron muriendo mientras otros buscaron refugio en las villas

más cercanas, lo cual también terminaría por afectar las rentas de los señores feudales.

Como resultado de ello, con la intención de mantener su prestigio y la búsqueda de nuevos ingresos, eso terminaría por llevar a los nobles a luchas de poder en las que los ilustres se dividieron en dos bandos: los *oñacinos* y los *gamboínos*. En verdad, estos nombres surgen de los linajes dominantes en Guipúzcoa, que eran los señores de la casa de Oñaz y de Gamboa. Por su vez, en Vizcaya, los cabecillas de cada bando eran los de Urquizu-Abendaño y los de Mújica-Butrón, y en Álava los de Ayala y los de Calleja.

Por supuesto que este fenómeno no fuera exclusivo del país Vasco, ya que había enfrentamientos similares entre los nobles de Castilla con los Castros y los Laras, y en Navarra entre los Beamonteses y Agramonteses; pero fue de tal modo que comenzaron las guerras de banderizos que asolaron el país Vasco desde la Baja Edad Media hasta principios de la Edad Moderna.

Por entonces los linajes se adscribían a uno u otro bando en función de sus intereses, siendo normal el cambio de grupo. En aquel tiempo los señores no dudaban en robar las villas consideradas enemigas, en saquear y extorsionar a sus campesinos, o asaltar los convoyes de los mercaderes de Burgos que se dirigían a los puertos para exportar sus géneros.

Fuera a raíz de ello que Las Encartaciones, una comarca de Vizcaya situada en la parte occidental, en 1394 adoptara el Fuero de Avellaneda para luchar contra la conflictividad social generada por la violencia de los banderizos.

En ese momento los labradores de la Tierra Llana y las Villas acudieron al rey Enrique III de Castilla, Señor de Vizcaya, a pedirle autorización para formar una Hermandad a fin de protegerse de las tropelías de los *jaunchos*. Acepta la demanda, el rey, en 1393, comisionara al corregidor Gonzalo Moro para redactar nuevas Ordenanzas de Hermandad, lo que se hace en Junta General, pero estas ordenanzas no llegan a ser aplicadas por la oposición de algunos señores del bando oñacino. Empero, la recién formada Hermandad, por estar constituida por gente corriente, no fue de momento enemiga para los señores guerreros; y por las mismas razones se formaron luego las Hermandades de Álava y Guipúzcoa.

Con todo, como nada suele ser imperecedero, las guerras de banderizos acabaron a finales del siglo XV. En realidad eso ocurriera porque al poner las Villas bajo control administrativo de la Corona, la pujanza de las Hermandades de las villas y el reconocimiento de la *hidalguía universal* a todos los vizcaínos y guipuzcoanos, terminaría por constituirse en elementos importantes para la pérdida de poder de los señores feudales.

Es de imaginar entonces que algún antepasado del joven militar vizcaíno haya participado en estas guerras, o quizás en las anteriores. No se sabe, y él tampoco llegara a mencionarlo en momento alguno. Ergo, lo único que se puede dar por cierto, es que el padre de Francisco llegara a ser un respetado “hidalgo” en su aldea, y de ahí quizás haya surgido la idea de su hijo, cuando, en aquel momento en la montaña, se le ocurriera preguntarle a su nuevo amigo si él también era descendiente de ese tipo de nobleza “no titulada”.

Creo que para entender mejor lo que esa rúbrica significaba para muchos en aquel entonces, hay que tener en cuenta que el concepto de hidalgo, o “Fidalgo” en castellano antiguo, era un término muy común en la literatura, y que el vocablo de “infanzón” tiene su origen en España y Portugal. En aquellos tiempos tal designio pasara a ser sinónimo de noble, aunque coloquialmente se utilizase el mismo término para referirse a la nobleza no titulada.

Dicho título hace referencia a *hijo de algo* o *hijo de alguien*. Por ende, la palabra *algo* en este contexto denota “rico” o “riqueza”; luego, en un principio, era sinónimo de rico-hombre. Eso se debe porque mismo que no fuera el designado un aristócrata de sangre noble, se aceptaba el hecho de que éste por lo menos tuviese más recursos que el resto de los de su pueblo.

De acuerdo con los datos informados en un censo realizado en 1787, se sabe que en esa época España contaba con cerca de medio millón de vecinos “hidalgos” cabezas de familia, sobre una población de más de diez millones de súbditos; por lo que se estima que suponían ser en torno a un 10 % del total.

# III

Luego que la tropa se pusiera nuevamente en marcha, no hubo medios para que Francisco y José pudiesen continuar con su cháchara, pues ambos guardaban distintas posiciones en la fila. En verdad eso les resultaría imposible mismo que ellos caminasen lado a lado, pues a quien se le ocurriese romper el silencio se vería severamente amonestado y castigado por el rígido oficial que por entonces los guiaba.

Solamente al anoecer, luego de montar sus barracas y tomar un poco de caldo caliente con galletas, que los dos pudieron sentarse al pie de un árbol y retomar aquel parloteo cordial que quedara suspenso.

-Dime, ¿qué hacías en tu pueblo? -buscara saber José.

-Pues, nada del otro mundo -explicara Francisco haciendo un mohín despreciativo para describir su vida pacata.

-Estudiaba, cuidaba ovejas y pescaba siempre que podía -agregara con una sonrisa franca.

-¿No me digas? ¿Criaban ovejas? -soltara José, como si esa fuese una actividad extraordinaria.

-Sí, mi padre tiene un buen rebaño y además cultiva la tierra... Aunque era a mí a quien obligaban a cuidar de los carneros, mientras mis hermanos y él se encargaban de preservar el resto de la propiedad.

-¡Nada mal! -dejara escapar José junto a un guiño.

-Sí, pero tú no pienses que nadamos en dinero... Llevamos una vida justa, como todo el mundo -le aclarara Francisco dando de hombros, acaso para evitar despertar codicia en quien lo oyese, para luego agregar con ojos iluminados:

-En todo caso, te confieso que a mí me gusta más pescar. Mejor dicho, me gusta el mar -llegara a revelarle con una voz que al atardecer sonara pesarosa y melancólica.

-Si es así, ¿por qué te alistasteis en la infantería?

-Pues eso no era exactamente lo que yo pretendía, mi amigo -retrucara Francisco-. El caso es que cierto día llegué a comentarle a mi padre cual era mi deseo, y él no lo aceptó. Luego se sirviera de mil alegatos para explicarme que un hijo suyo jamás podía apartarse de sus vínculos.

-Qué pena, ¿verdad? Algunos padres resultan ser muy intransigentes -murmurara José, usando el mismo tono de voz abatida de su amigo, que en ese instante parecía estar con la cabeza lejos de allí.

-Disculpa que te pregunte... ¿Pensabas irte a dónde?... ¿A Sevilla, a Cádiz? ¿Embarcarte para algún lugar descono-

cido de América? -le insinuara pocos segundos, por pretender mudar el rumbo de la plática y así sacar a su amigo de su abatimiento.

La propuesta tuvo su efecto benéfico y despertara emoción al agregar algo de ánimo en su compañero de andanza, pues Francisco reaccionara con una sonrisa amplia, para luego detallar con optimismo en la voz:

-No, no pretendía ir muy lejos de casa.

-¿Puedo saber adónde ensayabas irte?

-Creo que tú no lo sabes, José -probara aclararle el abatido amigo-. Pero dame un minuto para decirte que lo que se llamó de Hermandad de las Villas de la Marina de Castilla con Vitoria, o Hermandad de las Cuatro Villas de la Costa de la Mar, de la que también formara parte las villas marineras vascas, como lo era la de Erandio, fue una federación de los principales puertos del Cantábrico creada en 1296 para establecer un poder naval de primer orden al servicio de la Corona de Castilla, a la que se le permitió mantener autonomía en sus relaciones comerciales internacionales -le explicara sin prisa ante la observación atenta de su amigo.

-Su sede central fue creada en Castro Urdiales, haciendo parte de ella Santander, Laredo, Bermeo, San Sebastián, Guetaria, Fuenterrabía y Vitoria; aunque al año terminara por unirse San Vicente de la Barquera.

-¡Qué bien!... No lo sabía... ¡Bué! Tampoco importa mucho, pues no me identifico con ninguna -aportara José.

-Calma, mi amigo -propusiera Francisco con entonación cordial-. Déjame agregar que como consecuencia del descubrimiento de América, las relaciones entre España y Portugal pronto se avinagraron a causa que el rey portugués consideraba que a raíz del Tratado de Alcáçovas, las tierras recién descubiertas le pertenecían -le fuera relatando pausadamente.

-Por su vez, la corte española tenía informes de que ya se estaba aprestando una armada en Lisboa, por lo que los Reyes Católicos llegaron a temer ataques portugueses a la segunda expedición de Colón...

-Disculpa -interrumpiera José-, pero no entiendo lo qué tiene a ver esto último que has mencionado, con tu relato anterior, pues si no ando mal de cálculos, pasaron 200 años entre una cosa y otra...

-Pues creo que ha sido justamente esta historia lo que ha despertado ese tipo de deseo en mí -le resaltara Francisco con una guiñada, tan luego cortara el habla de José.

-¿Por acaso tiene a ver con el embiste portugués contra Colón? Eso nunca ocurrió, Francisco.

-Es verdad, pero todo sucedió en vistas a buscar remedio para la situación que te expuse, por lo que los reyes encargaron desde Barcelona al doctor Andrés Villalón, regidor

mayor y miembro del Real Consejo de Sus Altezas, para que éste les organizase una armada oceánica.

-¿Y qué ocurriera entonces?

-Por ser portador del permiso real -asintiera Francisco con la cabeza mientras José le sacaba punta a un palito con su navaja-, a mediados de 1493 Villalón encomendó esa tarea al bilbaíno Juan de Arbolancha, en Bermeo, la que una vez dispuesta luego pasara a ser llamada de Armada de Vizcaya por formarse en Bermeo con naves y tripulaciones vizcaínas en el sentido amplio, esto es, vascongadas. Así que, a fines de junio de aquel año, Íñigo de Artieta, nombrado por los reyes Capitán General de la armada, reúne las naves en el puerto de Bermeo y sale para Cádiz, a donde ellos llegan a primeros días de agosto.

-¡Ah! Recién ahora comprendo lo que pretendes decir, hombre -dijera José, que largara el palito de lado tan pronto se sintiera atrapado por el relato de su compañero.

-Pues tal como pretendía decirte antes de que tú me interrumpieras con tus impertinencias -le reclamara Francisco junto a una sonrisa socarrona-, esa precaria armada estaba formada por una carraca de 1000 toneles que era comandada por Íñigo de Artieta, y más 4 naos de entre 405 y 100 toneles que eran regidas por Martín Pérez de Fagaza, los hermanos Juan y Antón Pérez de Loyola, y Juan Martínez de Amezque-

ta. Junto a ellas iba una carabela encargada de las tareas de enlace y exploración mandada por Sancho López de Ugarte. Al todo, llevaban casi 900 hombres. De ellos, la carraca llevaba 300, la mayoría de sus hombres de Lequeitio, mientras que la nao de Martín llevaba 200, la mayoría de Bilbao, Barakaldo, Erandio y otros lugares de Vizcaya...

José abriera la boca para intentar desarrollar algo sobre lo dicho, pero su gesto no pasara de un tanteo, ya que luego la cerrara quedándose tan sólo en el amague, pues la voz sonora de Francisco le cortara el impulso cuando citara:

- ...Las de Juan y Antón Pérez tenían menos, unos 125 hombres por nao, casi todos guipuzcoanos, y la de Juan Martínez llevaba otros 70. La carabela era quien transportaba menos, sólo unos 30 hombres. Por lo demás, las tripulaciones estaban formadas aproximadamente por un hombre de mar por cada dos hombres de guerra. Además, se dice que el coste de la armada fue de casi seis millones de maravedíes...

-¡Salve Dios! ¡Una verdadera fortuna! -gritara José, estupefacto a causa del valor indicado. Nada en su pueblo había requerido el uso de tamaña fortuna.

-Es verdad. Sólo grandes Señores de la Corte y los propios Reyes para disponer de tanto capital -ajustara Francisco al dar de hombros, antes de comenzar a explicarle que aunque en ese entonces se consideraba que la misión de la armada se-

ría dar escolta a las naves de Colón desde su salida de Cádiz hasta que estuviesen bien adentradas en el océano y así protegerlas de ataques portugueses cuando el genovés se dirigiese hacia las tierras descubiertas, en realidad no resultara como previsto, ya que en agosto de aquel año, Colón informara a los reyes que las naves portuguesas ya no iban a hacerse a la mar.

-¡No me digas! ¿Y qué hicieron con la Armada?... ¿La disolvieron? -increpara el atento oyente entre titubeos, al sentirse cogido por la historia que su amigo contaba.

-¿Qué piensas se les podría ocurrir, una vez que ellos ya no necesitaban escoltar a Colón?

-No lo sé, mi amigo.

-La Corte no hizo más que aprovechar la circunstancia y la armada resultó comisionada para trasladar al rey Boabdil y su corte de Adra hacia las costas africanas, ordenando que a su regreso se preparasen para un viaje hacia Canarias, el que en realidad nunca llegaron a realizar...

-¿Por acaso tu pretendes decirme que ellos dieron otra utilidad para descontar algo del investimento? -alegara José, por no tener otra cosa que apuntar.

-Así parece, aunque lo más interesante de todo, José, es que después de firmado el Tratado de Tordesillas con Portugal, en un principio la armada dejó de ser necesaria, por lo